

Chile en tiempos de crisis: entre la vieja y la nueva normalidad

1

Ver Revista MGC #14, segundo semestre 2019.

2

“La Peste”, Albert Camus. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile 1984, p. 42.

Chile, no cabe dudas, actualmente se encuentra viviendo uno de los períodos más críticos y complejos de su historia. De partida, somos parte de la pandemia del coronavirus, Covid-19, que está afectando al mundo entero; no obstante, son tiempos de suyo difíciles pues, además, coexisten otras crisis igualmente complejas, como la así llamada “crisis social” —gatillada el pasado 18 de octubre de 2019¹—, junto a la crisis del calentamiento global y la megasequía.

Se trata de cuatro crisis que nos están afectando en simultánea, aunque ahora, en lo inmediato, nos urge el coronavirus. No es para menos, pues estamos hablando de una peste pandémica, biológica, de cobertura mundial, que se inició en diciembre de 2019 en Wuhan, China, pasando por Europa a partir de enero 2020, hasta llegar a Chile en marzo pasado.

Si bien la situación es alarmante, tanto las pestes como las guerras han acompañado a la humanidad desde tiempos remotos y, por lo tanto, son parte de nuestra historia:

En verdad las plagas son corrientes, pero difícilmente se creen en ellas hasta que nos caen encima. En el mundo han existido tantas pestes como guerras. Sin embargo, tanto en las pestes como en las guerras la gente se encuentra desprevenida².

Estas sabias palabras, que pertenecen a la conocida novela de Albert Camus, *La Peste*, nos ayudan a ubicar en lo que somos como especie humana y, por ende, como civilización y culturas. Cada cierto tiempo, de una u otra forma, nosotros mismos nos generamos situaciones extremas que ponen en jaque nuestras propias vidas, lo cual nos obliga a replantearnos en cuanto a nuestra forma de ser, organizarnos y (con)vivir.

A nivel colectivo, si de culturas se trata, cada país ha tenido que enfrentar esta pandemia a su manera, según su realidad y posibilidades concretas. En situaciones extremas, no obstante, el ser humano —y los países— suelen mostrar sus facetas más nobles y, a su vez, sus facetas más deplorables. En el caso chileno, en solo tres meses (marzo-mayo 2020) el país se desnudó frente a sí mismo y frente al mundo. En efecto, con un exceso de soberbia

y arrogancia, durante los últimos 30 años Chile se jactó en promoverse como un ejemplo exitoso, pero ahora sabemos que no es tal. Esto demostró el alto nivel de hipocresía y doble estándar que entonces nos mantuvo dominados.

Y si bien nuestro lado B ya se había denunciado a partir del estallido social de 2019, fue necesaria la actual crisis sanitaria para que se hiciera visible —y quedara en evidencia— nuestra precariedad: aquellas profundas fracturas de diferencias sociales; aquellos maltratos e injusticias que hasta hoy afectan a parte importante de nuestra sociedad. Así las cosas, inesperadamente, la inteligencia biológica superó a la inteligencia social y, ambas por separado, superaron a nuestra inteligencia política. El Chile de fantasía que tanto promovió la “cultura del consumo” —nuestra “vieja normalidad”—, en unas pocas semanas, a partir de marzo 2020, se consumió a sí mismo. Ahora, por lo tanto, lo más importante es reconocer esto, asumir nuestra precariedad, reubicarnos y salir fortalecidos de esta pandemia.

Por de pronto, cuando no existen políticas públicas y culturales pertinentes —aquellas capaces de calar hondo en la idiosincrasia y necesidades reales de la sociedad—, frente a cualquier emergencia solo queda reaccionar y aplicar “soluciones de parche”. Así se improvisan relatos y se apresuran (re)acciones, en “modo emergencia”, en base a ensayos y errores, sin tiempo para pensar ni planificar bien lo que se deba hacer. Esto vale como autocrítica para nuestro país, que en las últimas décadas hizo del neoliberalismo su filosofía de vida —materialista, cosista e inmediateista—, olvidándose completamente de la sociedad y de “lo social” —incluido “lo cultural” como *ethos* y referente existencial—. A cambio de ello, Chile puso todas sus cartas y atenciones en el puro mercado, reduciendo la política y el lenguaje a una lógica economicista-mercantilista. Por eso Albert Camus tenía y tiene razón: efectivamente nuestro país, en su “vieja normalidad”, se encontraba desprevenido, tanto frente al estallido social como frente al estallido biológico del coronavirus.

Una de las principales características de la actual crisis sanitaria, ha sido el «distanciamiento físico» que, valga aclararlo, es muy diferente al «distanciamiento social». De hecho este último —hay que reconocerlo—, no ha sido ninguna novedad para nuestra

sociedad, pues en Chile las fracturas humanas han estado presentes durante décadas, no solo por los atentados en contra de los DDHH, sino producto del individualismo que instaló el sistema neoliberal —donde “los/as demás” no cuentan—, generando una profunda fragmentación y división sociales. Así perdimos el sentido de la solidaridad y, por ende, del bien común. No obstante, según una perspectiva actual, aquello ya debiéramos asumirlo como parte de “la vieja normalidad”. El «distanciamiento físico» nos golpeó demasiado, dejando al desnudo las consecuencias que implica el individualismo y el **«distanciamiento social»**, en tanto sin los demás no somos nadie; sin un tejido de relaciones sociales, las personas desaparecemos.

Esto, por cierto, apela directamente al desarrollo humano, partiendo de la base que toda cultura se construye colectivamente, donde el individualismo y el «distanciamiento social» juegan en contra: solo generan fracturas sociales y fragilidad humana. Con mayor razón cala en la gestión cultural, que justamente se basa en la construcción de sentidos y relaciones humanas, tejidos sociales que día a día van retroalimentando a cada cultura. En razón de ello, una de las principales misiones que en adelante tiene la gestión cultural, es contribuir a transformar los «distanciamientos físicos» en «acercamientos sociales»; contribuir a generar una “nueva normalidad” basada en una “nueva sociabilidad”, a partir de lo comunitario. En este contexto, las redes y plataformas digitales, sin duda, también podrán seguir ayudando.

Frente a ello, sin embargo, es necesario estar muy atentos, proactivamente, pues uno de los efectos directos que se vislumbran producto de esta crisis y la “nueva normalidad”, es la instalación definitiva de la «era digital». En efecto, mientras en años anteriores ciertas prácticas y conductas digitales venían instalándose gradualmente, ahora en pocas semanas se incorporaron de una vez, haciendo masa crítica, generando desde ya mutaciones culturales. Las redes digitales se están transformando efectivamente en redes sociales; las plataformas electrónicas y el ciberespacio, en recursos de primera necesidad para la

“nueva normalidad” que nos toque vivir, donde tanto los espacios públicos como privados están mutando. Esto significa una gran encrucijada para la gestión cultural y, por cierto, para su campo laboral. También conlleva una nueva generación de políticas culturales, toda vez que habrá que velar por el justo equilibrio entre «la vida en modo presencial» y «la vida en modo digital».

Son tiempos difíciles, dolorosos, sin duda, pero gracias a ello han quedado en evidencia los diferentes tipos de pobrezas y precariedades que coexisten en Chile; no obstante, de una u otra forma esta crisis nos está provocando; nos está invitando a tomar mayor conciencia social, ambiental y política, revalorando la cultura, entendida como la base existencial que le da soporte, sentido y contenido humano al quehacer de cualquier país. Así, la nueva política ya no se construirá solo en función de la economía y el mercado, en tanto los “nuevos países” del siglo XXI es necesario (re)construirlos culturalmente, en función de sus territorios humanos y sociales, presenciales y digitales, siempre apelando a nuestra calidad de personas.

La crisis del coronavirus marca un profundo punto de inflexión entre la «era industrial» y la «era digital», lo cual conlleva una nueva forma de trabajar, de ejercer la gestión cultural y de hacer política. En los tiempos de post-pandemia será fundamental buscar el justo equilibrio entre el «modo presencial» y el «modo digital» de construir cultura. El gran desafío para todas/os es ver cómo transitamos desde la “vieja normalidad” hacia la “nueva normalidad”. Esto conlleva nuevos relatos y desafíos para la propia gestión cultural, que desde ya hay que empezar a construir, buscando siempre el “acercamiento social”, el respeto y buen trato, las redes de apoyo y solidaridad, lo comunitario, el bien común. ■

Gabriel Matthey Correa